

dencia, y con ellos lucha, combate y vence, tomando todo del enemigo, armas, municiones y recursos.

Y en aquella guerra terrible y sin cuartel no deja un rencor á su espalda, no extorsiona; no hace verter una lágrima, y los pueblos lo reciben con entusiasmo, lo ayudan y lo aplauden en sus victorias.

Sin embargo, los imperialistas estaban mucho más fuertes que el caudillo republicano que sólo llevaba seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones, mientras Oronoz contaba con una brigada perfectamente dotada y organizada, y provista de todo género de recursos.

La columna imperialista estaba compuesta del 9.º batallón de infantería, el terrible batallón de cazadores cuyos Jefes, Oficiales y sargentos eran franceses cumplidos, y enganchados por el imperio: aunque sólo llevaba dos obuses de montaña, en cambio su caballería era excelente, formada por una guerrilla que se había hecho célebre por su audacia, y los cuerpos de Trujeque y Acebal.

Era el aniversario de la expedición de la terrible ley que condenaba á muerte á todos los patriotas que combatieron por la libertad de México.

El 3 de Octubre tuvo lugar el encuentro en las lomas de Miahuatlán: Oronoz con sus mil cien hombres de las tres armas, avanzaba á paso veloz hasta ponerse á la vista del puñado de republicanos, á las tres y media de la tarde.

El General Díaz con sólo su escolta detuvo al enemigo hasta la llegada de la caballería, que al mando del General Ramos comenzó á batirse con las avanzadas de los imperialistas.

Entonces el General Díaz partió á colocar la infantería en las lomas de los Nogales que están al Poniente de Miahuatlán, dando su frente al Oriente. Pero ya encontró en la posición al Jefe de la Brigada de infantería Coronel Manuel González, y sólo tuvo que tender el resto de su línea de combate.

Esta línea se prolongaba de Sur á Norte, hallándose á la derecha el batallón Morelos, de Tlapa, con cien hombres de fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Juan J. Cano; seguían los tiradores de la Montaña, que mandaba el Comandante Felipe Cruz, con doscientos treinta plazas, y á la izquierda terminaba la línea el batallón Patria con noventa y seis hombres, siendo su Jefe el Coronel José Segura y Guzmán.

Apoyaban la derecha ochenta hombres de la compañía de Chiautla, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria, cuyo total era de ciento treinta hombres á las órdenes de Carbó.

Establecida la línea, el General Díaz ordenó al General Ramos se replegara con la caballería atrave-

sando la población: pero en una de las calles quedó un pelotón de vecinos armados que mandaba Apolinar García, y cuarenta hombres de los Tiradores, que se emboscaron en las milpas que formaban las primeras calles del pueblo. Esta fuerza tenía por objeto impedir que el enemigo estorbara la retirada de la caballería que venía casi mezclada con los traidores, los que se replegaron al verse atacados por los flancos. La caballería pudo entonces colocarse á retaguardia de la línea republicana.

Oronoz mandó entonces á su columna hacer un cambio sobre su de recha quedando al frente de la línea del General Díaz, y ocupó á paso veloz las lomas de «Yolveo» y el «Matadero.»

Los imperialistas se formaron en tres fuertes columnas, avanzando una nube de tiradores que abrieron el combate, á la vez que su artillería rompió sus fuegos.

La batalla comenzó espléndida: las columnas imperialistas marchaban amenazadoras, á la vez que los tiradores hacían un fuego vivísimo sobre los republicanos, que no podían contestarlo sino muy débilmente por lo escaso de su parque; pero éstos resistieron impasibles el empuje de los terribles cazadores que, dirigidos por oficiales franceses, tan heroicamente se batieron en las últimas horas del imperio.

El General Díaz tuvo que reforzar al fin los tiradores de su línea con los restos de la compañía de Chiautla, y veinte hombres del batallón Morelos, dando el mando de este refuerzo al Jefe de su Estado Mayor Juan Espinosa Gorostiza.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea; pero los republicanos agotaban rápidamente sus municiones con lo que su derrota hubiera sido segura, si el General Díaz no hubiera tenido una de esas inspiraciones que dan la victoria á los pequeños ejércitos.

Resuelto á dar una carga sobre las posiciones enemigas, lanzó sus tiradores al otro lado del río que formaba la línea divisoria entre los combatientes, ordenó al General Ramos que con el escuadrón de Tepeji tomase la retaguardia de los imperialistas y avanzó á la vez el costado derecho y el centro para apoyar el movimiento de la caballería.

Mandó dar el caudillo republicano el toque de avance y poniéndose á la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y los lanceros de Puebla, cargó por el centro sobre la artillería enemiga, á la vez que el Coronel González atacaba por la derecha.

La columna central que llevaba el General Díaz tenía formada su vanguardia por la línea de tiradores que al mando del Coronel Espinosa se le unieron en la misma línea de batalla del enemigo.

La batalla llegó entonces á ese período de deli-

rio que toca á lo sublime, pero que es imposible describir.

Los republicanos casi desnudos, sin municiones, y mal armados, se precipitan arrollando todos los obstáculos, dejando el campo por donde marchan sembrado de cadáveres, suben hasta las posiciones del enemigo, lo arrollan, se apoderan de la artillería y luchando al arma blanca y brazo á brazo, lo ponen en completa dispersión.

La caballería republicana había hecho con tal precisión su movimiento al colocarse á la retaguardia del enemigo, que al ser éste destruido en su línea, cortó aquella las cargas y cargó sobre los dispersos, haciendo infinidad de prisioneros.

Esta victoria, que tan cara costó á los republicanos, fué el espléndido prólogo de esa épica campaña de Oriente que tanta gloria virtió sobre la bandera reivindicada de la Patria.

Esta registra hoy en sus anales la fecha del 3 de Octubre de 1866 en que tuvo lugar la batalla de Miahuatlán.

El 2 de Abril de 1867. A las tres y media de la mañana del día, una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

Era la señal del asalto.

Al verla, los Jefes de las columnas lanzaron éstas terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

La ciudad parecía alumbrada por un volcán, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores.

En Belén murió Rodríguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vázquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo León llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de

balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga; adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen que resistió más tiempo aún.

Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.

El General Díaz, después de haber ocupado á Puebla el 2 de Abril de 1867 por el asalto más audaz y heroico que se registra en nuestra historia militar, comenzó sus operaciones sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto con tal vigor, que en la noche del 3 al 4 se rindió el segundo, que ocupó personalmente el General Díaz, intimando desde allí rendición al de Guadalupe.

Mandaba ese punto el Jefe imperialista Francisco de P. Tamariz, el cual comprendiendo lo inútil de la defensa quiso capitular, obteniendo sólo algunas garantías, y salió á conferenciar á la orilla del foso con el caudillo republicano.

Pero éste exigió la rendición sin condición alguna: entonces Tamariz, aceptando la responsabilidad entera, presentó su espada al vencedor, quien lleno de nobleza le contestó que la conservara como una concesión á su valor.

El General en Jefe tornó á la ciudad llevando á su lado á sus dos prisioneros los Generales imperialistas, Tamariz y Noriega, y se dirigió al Obispado donde estaban encerrados los demás prisioneros.

La ciudad entera esperaba la ejecución sangrienta de los centenares de reos de infidencia, sobre los cuales pesaba la ley de 25 de Enero; pero el General Díaz «que no había nacido para carcelero ni para verdugo» según dijo á los Jefes de su séquito que lo rodeaban, mandó retirar la guardia y poner á los prisioneros en libertad. Estos, delirantes de júbilo, lanza-

ron un hurra inmenso vitoreando á la República que les otorgaba tan amplio perdón, y al Jefe que así interpretaba los sentimientos tan nobles y levantados del pueblo mexicano.

El General Díaz terminó su obra dando el 4 de Abril una circular á los Comandantes militares de los Estados de su mando, previniendo quedasen en libertad de residir en el lugar que eligieren los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán de la Carbonera y en la toma de Oaxaca y en el asalto de Puebla, quedando únicamente bajo la vigilancia de la autoridad y á disposición del Gobierno General.

Eran las ráfagas consoladoras del perdón, irradiando sobre los laureles de la victoria.

Pero en tanto el General Díaz reorganizaba violentamente la administración pública, y su Ejército diezmado en el asalto.

Reemplazaba sus numerosas bajas con los soldados del enemigo que voluntariamente querían servir en las filas republicanas, dando su baja á los que querían volver á sus hogares. Reponía su armamento y sus municiones con el numeroso parque encontrado en los almacenes de Puebla, se vistió y equipó la tropa y se organizó la artillería tomada á los imperialistas.

Y el mismo 3 de Abril el General Díaz hizo salir por la mañana la caballería en observación de Márquez y en seguida se puso en marcha para alcanzarla en Apizaco: al siguiente día marcharon la infantería y la artillería.

En la Hacienda de Guadalupe tuvo noticia Márquez de la toma de Puebla; pero sabiendo cuán inferiores en número eran á las suyas las tropas republicanas, y que aún resistían los fuertes de Loreto y Guadalupe, pensó avanzar hasta Apizaco.

Así al menos lo dijo en sus partes á la llamada regencia; pero la verdad es que buscaba el rumbo de Veracruz tomando por Huamantla: era una marcha estratégica preparatoria de la fuga, lo cual sí estaba conforme con las tradiciones militares del chacal del clero.

Pero los republicanos adivinaron el intento de aquel miserable, y con movimientos rápidos y hábiles, forzando las marchas y caminando sin cesar, lograron cortar el paso al asesino de Tacubaya.

Porfirio Díaz con su habilidad acostumbrada calculó que Lalanne era el que primero podía encontrarse con Márquez por estar más próximo: y aunque el valiente Coronel de la República sólo contaba con un puñado de hombres, el General en Jefe le ordenó que se dejara derrotar, pero que detuviera algunas horas al enemigo, á fin de que pudiera darle alcance el Ejército de Oriente.

Lalanne con un heroísmo sublime cumplió con la

orden recibida: y aunque apenas llevaba novecientos hombres, detuvo á los seis mil de Márquez, batiéndose con desesperación, hasta quedar hecho pedazos en la más gloriosa de las derrotas.

Vencido este obstáculo creyó Márquez poder continuar adelante, cuando en San Diego del Notario se le interpusieron las caballerías que expedicionaban en el Valle, y que iban á unirse al General Díaz.

Márquez supo también que las caballerías de Guadarrama, que el General Escobedo había enviado en observación desde Querétaro, venían á su espalda.

Entonces el Lugar-teniente del austriaco sintió el vértigo del pánico sacudir su alma, y comenzó á hacer marchas rápidas, buscando por donde escaparse.

Por fin llegó con toda su fuerza al caer la tarde del día 8 á la Hacienda de San Lorenzo, donde hizo alto, permaneciendo allí el día 9: es que ya había encontrado una salida por donde emprender la fuga, sacrificando á su ejército.

Porfirio Díaz que había venido cercándolo, dispuso seis columnas de ataque, avanzó su artillería y comenzó á cañonear el campo imperialista. Hubiera podido batir en el acto á Márquez, quien desmoralizado y esparciendo en sus tropas el miedo de que se hallaba poseído, no hubiera podido resistir el empuje de los soldados que acababan de asaltar á pecho descubierto los invencibles muros de Puebla.

Pero el General Díaz quería encerrar en un círculo de acero á aquel cobarde, y aguardaba la llegada de Guadarrama que debía contar la retirada de los traidores. Y continuó extendiendo su línea por los flancos, para circunvalar la Hacienda de San Lorenzo.

Situada esta finca al pie de la cordillera de la Sierra donde se levantan el Popocatepetl y el Iztatzihual, es un punto estratégico para una resistencia tenaz.

Las tropas republicanas ocupaban las lomas de los cerros inmediatos, y marchando por los flancos y aprestándose á descender al llano, iban cercando al Lugar-teniente.

Este pensó entonces que los magníficos cuerpos con que contaba, sobre todo los extranjeros, se batieran hasta el último extremo, mientras él tomaba una vereda para fugarse.

Los imperialistas y la legión extranjera se parapetaron en los magueyales, defendiéndose heroicamente de nuestras guerrillas y tiradores.

La acción iba empeñándose, y el General Díaz, viendo el entusiasmo de sus tropas, creyó que debía apresurar el desenlace, aún antes de que llegaran las caballerías de Guadarrama.

Las columnas republicanas bajaban rápidamente

de las lomas, y una corona de fuego brillaba en la circunferencia del Valle, envuelto ya en nubes de humo.

Pero también el cielo comenzaba á velarse por una de esas tempestades de nuestro clima: y cuando el General Díaz iba ya á lanzar sus columnas sobre el enemigo, seguro de destrozarlo sin el auxilio de las caballerías, la lluvia acompañada de una fuerte granizada se desató á torrentes.

El relámpago brillaba continuo y deslumbrador y el trueno retumbaba sin intermitencias, en tanto que el granizo enorme y abundantísimo lo cubría todo, azotando el rostro de los soldados y haciendo imposible la marcha.

La acción tuvo que suspenderse, á la vez que la noche cubría todo con sus impenetrables sombras, sin que cesara la lluvia.

Así terminó el día 9 de Abril, resuelto el General Díaz á arrojarle sobre Márquez en la madrugada del siguiente día.

Al amanecer el día 10 la Hacienda de San Lorenzo estaba sola: Márquez, aprovechando la noche, había hecho salir sus tropas por la montaña, y fraccionándolas, envió el grueso de ellas por un rumbo mientras que él, con algunos cuerpos escogidos que le cubrieran las espaldas para correr mejor, siguió por el camino de Calpulalpam. Además había hecho que marchara primero un escuadrón de húngaros escoltando un carro con dinero, para que fuera atacado y ocupar así á los republicanos.

En esos momentos aparecieron las avanzadas de Guadarrama frente al campo republicano.

En el acto el General Díaz se lanzó con las caballerías sobre Márquez, alcanzando á los fugitivos un poco antes de la Hacienda de San Cristóbal.

Es que el Lugar-teniente, para ir más ligero, había mandado incendiar el parque, y la humareda denunció el camino por donde se escapaban los traidores.

En San Cristóbal el Coronel republicano Martínez, con un cuerpo de rifles, logró detener al ejército imperialista que como una avalancha se precipitaba por allí: la resistencia de Martínez tuvo por objeto dar tiempo á que Guadarrama y Leyva entraran al combate con sus divisiones.

Pero Márquez, aterrorizado, sólo pensaba ya en salvarse: y desbarrancando su artillería pesada, que no pudo pasar por el puente de San Cristóbal destruido con anticipación, y abandonando el mando, huyó á uña de caballo.

Los imperialistas al fin eran mexicanos, y avergonzados con la cobardía de su Jefe se batieron con denuedo: sólo el 10° de infantería flaqueó ante el es-

pantoso fuego de los rifles de Spencer de la caballería de Guadarrama, y el batallón, en trozos, se entregó prisionero.

Entonces los cuerpos de cazadores y húngaros que temían sufrir la suerte de los soldados extranjeros derrotados en San Jacinto, continuaron batiéndose con desesperación y como unos héroes.

En esos momentos llegó el General Porfirio Díaz con el grueso de las tropas que lo vitoreaban, y arrollándolo todo, pasó sobre los restos del puente haciendo retroceder á los cuerpos extranjeros. Estos disputaron palmo á palmo el terreno, y dejando este sembrado de cadáveres, abandonaron en el tránsito del puente su artillería gruesa é intentaron dar con la artillería de montaña una carga sobre los republicanos que los quemaban.

Pero se vieron de nuevo obligados los imperialistas á retroceder, llegando á Texcoco la división de Márquez, reducida á los cuerpos húngaros y austriacos: continuaban éstos sin embargo, disputando no la victoria, sino la derrota, hasta que fueron batidos por la caballería republicana que, lanceando al enemigo, quitó á éste el resto de su artillería y sus equipajes, haciéndole más de trescientos muertos y mil prisioneros.

Al penetrar los republicanos á Texcoco, Múcio Maldonado, el intrépido guerrillero que hacía cuatro años combatía por la independencia de su patria como un héroe, cayó muerto, atravesado por dos balazos en el corazón. Así vino á terminar su carrera de gloria en el suelo mismo que lo vio nacer.

El cadáver del guerrillero, que había caído en poder de los húngaros, fué disputado por sus soldados á lanzazos y rescatado al fin.

Pero los batallones y los regimientos húngaros estaban rendidos de cansancio, y los soldados se apoyaban en las cercas del camino, en las paredes de la ciudad, donde eran acuchillados sin misericordia.

Era la revancha de cinco años de carnicería ejecutada por los invasores y los traidores en los defensores de la patria.

Texcoco fué ocupado al fin y los restos mutilados de la brillante división de Márquez se retiraban en dispersión, huyendo unos en las embarcaciones de la laguna, perdiéndose otros en las escabrosidades de las montañas que rodean al Peñón.

De Márquez no quedaba ni huella: hacía muchas horas que había pasado a escape por las calles de Texcoco, llegando á esconderse á México durante las primeras horas de la noche.

Al penetrar como una tromba las fuerzas republicanas á Texcoco, tocando á degüello y dando gritos de triunfo, todavía fueron sacrificados los soldados extranjeros que allí y en los alrededores habían quedado diepersos.

Era la embriaguez de catorce horas de combate, en un trayecto de diez á doce leguas.

Al fin el General en Jefe, en la Plaza de la población, rodeado de su Estado Mayor, mandó recoger los cuerpos y sólo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñón Viejo: en tanto la capital temblaba aterrada por la vergonzosa y sangrienta derrota de Márquez en San Lorenzo, aguardando ser invadida por el vencedor.

Paso á paso hemos seguido esa estela de gloria que dejó el caudillo de Oriente en su brillantísima carrera militar, desde que comenzó á combatir, oscuro miliciano, en un remoto rincón del país por la libertad y la Reforma, hasta que, agobiado de laureles llegó á ocupar la capital de la República después de haber salvado la independencia y la autonomía de ésta.

Pero nunca fué más grande el General Porfirio Díaz que en medio de aquel triunfo. Imperando en todos los Estados de Oriente más que por las poderes omnimodos que le había otorgado el Gobierno General, por las necesidades imperiosísimas é indiscutibles de la guerra, árbitro de la suerte de millares de prisioneros, de todo el partido conservador, y de la clase acomodada que por sus ligas con el imperio, había llamado sobre sí el anatema que la ley lanzaba sobre la traición, y facultado para disponer de los tesoros públicos y de la fortuna de los ricos, heridos por la pena de la confiscación, el General Díaz no usó de su poder sino para crear y organizar la administración, para atenuar la desgracia de los vencidos, y para mejorar las condiciones de una sociedad arruinada por la guerra, y saqueada con las exacciones, las tropelías y los repugnantes abusos de los imperialistas que, en los últimos días de su dominación, se lanzaron al crimen, dementes por el despecho y ébrios de terror.

La capital de la República que temblaba al ver acercarse las huestes republicanas, porque se sentía en su conciencia cómplice del imperio ó culpable por lo menos de egoísta indiferencia, al no tomar parte en la lucha que sostuvo todo el país, la capital que tenía por sus intereses, creyendo que los vencedores llegarían ávidos de venganza y de rencor, sintió un placer inmenzo al ver que el caudillo de Oriente y su heroico Ejército fueron los mejores guardianes de las garantías individuales, el orden y la verdadera libertad.

Porfirio mandó hacer un inmenso acopio de víveres en la ciudad, que en los dos meses de sitio había sufrido los horrores del hambre.

Reprimió con mano enérgica el robo, y organizó la administración municipal y la de justicia, y ar-

bitró los recursos necesarios para su numeroso ejército, sin una exacción, sin un impuesto extraordinario, y empeñando sólo su crédito personal y usando los recursos naturales que había organizado previamente.

Todos estos actos los consumó el joven General sin la menor jactancia de poder, cuando podía, con pleno derecho, ejercer una perfecta dictadura militar.

Ni al Palacio Nacional quiso asistir el Señor Díaz, y el despacho de los asuntos públicos lo hacía en Minería, viviendo en una modesta casa, casi desamueblada, en un punto lejano del centro y sin tener en ella ni una guardia de honor.

El Gobierno general en tanto se acercaba á la capital de la República, donde fué espléndidamente recibido, gracias al empeño que tomó el General en Jefe en que solemnizara debidamente la restauración de la República en la capital.

Por orden del Señor General Díaz se entregaron al Ayuntamiento veinte mil pesos en la Tesorería para poder ministrar una quincena de la lista civil al personal del Ejecutivo y sus empleados.

Pero hay que consignar aquí un hecho que constituye el mejor timbre de gloria del General Díaz y es, no sólo su acatamiento al Gobierno legítimo, sino al apresuramiento con que se desprendió de las facultades extraordinarias de que se encontró investido durante la guerra, y aun del puesto que tenía en el Ejército.

Y este acto de abnegación tuvo lugar, no cuando con su admirable tacto político comprendió que su gloria podía hacer sombra al receloso principio de autoridad del Gobierno, sino desde el momento en que la guarnición imperialista de la capital se entregaba prisionera.

En efecto, con fecha 21 de Junio de 1867 Porfirio Díaz dirigió al Ministro de la Guerra una nota en la cual no sólo ponía á disposición del Gobierno la capital que acababa de rendirse á su espada victoriosa, sino que hacía formal dimisión del cargo de General en Jefe del Ejército y línea de Oriente, por no creer ya necesarias las omnimodas facultades de que estaba investido, ni útil su permanencia en aquel puesto.

En aquellos momentos el General Díaz demostraba que en su alma espartana no había el menor sentimiento de ambición, y que su honradez era intachable.

Al entregar el alto puesto que había conquistado dejaba al Gobierno Federal \$315,000 70 cs. que había recaudado, y que economizó después de haber mantenido un Ejército numeroso, y de haber cubierto las más imperiosas necesidades de la administración.

El General Díaz, después de haber ejercido un poder amplísimo en ocho Estados de la República, pudiendo disponer de sus rentas y aún de los bienes

de los particulares, hizo una campaña espléndida sin recaudar más que los impuestos legales, dando á los pueblos seguridad y garantía, y dejando en las arcas de la Nación un sobrante más que suficiente para que el Gobierno pudiera subvenir á sus primeras y más ineludibles erogaciones.

Y volvió el héroe á su hogar pobre y como siempre había vivido, sin acordarse de reclamar á la Nación el premio de sus servicios.

En esos momentos surgió una evolución sociológica, que ha pasado desapercibida por los escritores contemporáneos, pero que los historiadores que en el futuro se ocupen de este periodo recojerán cuidadosamente, para estudiar esa marcha inflexible de los pueblos que, para dar un avance en la senda del progreso, como si quisieran tomar aliento, retroceden un paso ó dos al campo de la reacción.

En efecto uno de los Ministros más ilustrados y enérgicos del Señor Juárez el mismo que más tarde había de promulgar la incrustación de las leyes de reforma en la Constitución de 1857 el Señor Lerdo de Tejada en suma, publicó el 14 de Agosto de 1867 la célebre convocatoria, que proponía á los comicios algunas reformas constitucionales y daba al clero derechos de ciudadanía.

Ni la naturaleza de esta obra ni nuestro carácter de simples narradores de hechos militares nos permiten juzgar aquel acto del Gobierno republicano, que reivindicaba á una corporación que acababa de consumar con toda deliberación el crimen de traición á la patria.

Tenemos pues que limitarnos á consignar que el partido radical y los republicanos se apresuraron á condenar la convocatoria, levantándose contra ella un grito unánime de reprobación en todo el país.

El General Díaz creyó de su deber obligado por una falsa aseveración de la prensa, hacer constar que, fuera de su carácter militar, no apoyaba la convocatoria por no creerla conforme con las prescripciones constitucionales.

Desde entonces el partido radical lo consideró como su Jefe legítimo, depositando su entera confianza en el soldado que desde su juventud luchaba con brío, constancia y fortuna por la Libertad, la Independencia y por la Reforma.

Pocos días después el Gobierno lo envió á Tehuacán como Jefe de la segunda División del Ejército, á la vez que quitaba al General Méndez del Gobierno de Puebla, al Coronel Catalán de Guerrero, y de otros puntos de igual importancia á los demás amigos y compañeros del héroe oaxaqueño.

Este vino entonces á conferenciar con Juárez, anunciándole que la política ministerial iba á suscitar una nueva guerra intestina, y que el que no había

esquivado sacrificio alguno combatiendo al extranjero no podía empuñar su espada contra los que le habían ayudado á salvar la independencia.

Pero el Señor Juárez se negó á cambiar de táctica, creyendo que el principio de autoridad se había conquistado definitivamente.

El General Díaz hizo entonces dimisión del mando, y se retiró á una pequeña finca de campo que como muestra de gratitud le había donado el Estado de Oaxaca. Allí se consagró á cultivar sus mezquitas tierras; y allí era más grande el vencedor de Puebla y México que en el apoteosis de la victoria.

Tocamos aquí el fin de la vida del soldado de la República y de la independencia: consagremos ahora algunas líneas más al hombre de Estado, al Magistrado que preside la verdadera regeneración de México.

Sin fatiga ni cansancio hemos recorrido un largo periodo histórico de doce años, desde 1855 en que Porfirio Díaz, sin ningún carácter militar, tomó parte en la revolución de Ayutla proclamada en Oaxaca, hasta 1867 en que ocupaba el caudillo de Oriente la capital de la República, después de las legendarias campañas que hemos narrado.

Pero al llegar á la cima, á la cúpula de nuestra obra, tenemos que detenernos, porque la empresa es superior á nuestras fuerzas.

Es que debemos emplear un material candente: es que para delinear los grandiosos sucesos que constituyen la vida política de nuestro biografiado tendriamos que remover las pasiones políticas que por tantos años dividieron al partido republicano, que juzgar á las prominencias de los bandos contrarios, y que tomar un puesto en los debates agitadísimos que en la prensa y en el Parlamento sostuvieron los tres grupos en que se fraccionaron los demócratas, juaristas, lerdistas y porfiristas, debates que se tradujeron en una verdadera revolución, debates que buscaron sus últimos argumentos en los campos de batalla, y que se resolvieron en torrentes de sangre, que corrió de nuevo en los campos surcados por las ruedas del cañón.

Y no nos encontramos capaces de entrar en ese terreno con la imparcialidad y el rectísimo criterio que deben inspirar al historiador.

Aunque en una reducida esfera hemos sido de esos combatientes: aunque nuestros pretéritos sentimientos se han desvanecido ante la reconciliación presente de todos los partidos, desconfiamos, no de nuestra rectitud civil, sino de nuestra capacidad intelectual para afrontar las altas cuestiones sociales y económicas que tuvieron su solución en manos del héroe cuya vida militar intentamos reproducir.

Oscuro soldado de la Patria, no me es dado plan-